

I need to tell my story properly.

HANNAH GADSBY

Ser algo imposible para no ser
algo incorrecto. Ser mujer es
habitar un estado perpetuo de
error.

REBECCA SOLNIT

Si no tenemos nombre, ¿quiénes
somos?

DEBORAH LEVY

Introducción

Mi educación:

no desees nada demasiado
no te vanaglories ante nadie
—mucho menos de ser feliz—
no sueñes sueños imposibles
—tampoco sueñes la posibilidad—
no rías demasiado alto
no enfades a los dioses
—no creas en ellos ni en sus premios
aunque estarán ahí para castigarte—
no llores delante de los otros
—la tristeza es otra forma de ser presuntuoso—
no te aferres pero no te sueltes del todo del pasado
no te emborraches sin sufrir por la resaca
no te menosprecies
esperando compasión
no luches
todo está perdido desde siempre.

Y ahora sal al mundo, sostente, sé un ejemplo.

Soy mujer, poeta, la menor de cuatro hermanos, he pasado la cincuentena y soy madre de una hija que está a punto de cumplir los veinticinco, trabajo de administrativa en una universidad y cuento los días que me quedan para jubilarme, sufro de fibromialgia y me encuentro en la premenopausia, me he casado dos veces y emparejado ni se sabe, he perdido demasiados amigos e intento conservar a los que permanecen, estoy enganchada a las series, a las pipas de girasol y al tabaco de liar, tengo una casa hipotecada en Madrid y otra ya pagada en un pueblo de Asturias, acabo de sacarme el carnet de conducir y vivo con dos gatos, mi marido y una perra. Y escribo. Por rachas, a ratos robados al tsunami de lo cotidiano —por el que me dejo arrastrar con innata facilidad—, escribo.

Podría continuar con este autorretrato a pinceladas, con datos más o menos objetivos; pero en resumen así es cómo me vivo yo por dentro: soy una mujer imposible. Conviven en mí fuerzas tan contrarias que son el equivalente psicológico de los potros de tortura donde mis antepasadas fueron desmembradas. Me he tragado, y digerido malamente, todos los tópicos y mensajes sobre qué es ser una mujer de mi tiempo, aunque ni siquiera pueda decir con exactitud cuál es mi tiempo, ni qué ideas son heredadas, impuestas o conscientemente asumidas, ni mucho menos cómo se encarna un ideal y su opuesto. Tampoco puedo trazar la línea que separa el daño emocional de los dolores físicos, peajes que hay que pagar religiosamente por haber corrido esta carrera y continuar en su inercia.

Mi madre me colocó el casco de kamikaze y me lanzó a una misión suicida. Sin palabras explícitas me transmitió que yo podría con todo, lo cual, si es una locura para cualquiera, aún lo es más para una mujer, que una vez salida al mundo encuentra un camino minado. Pero al mismo tiempo que mamá me hizo creer en la omnipotencia, me aseguró el fracaso. Un fracaso con raíces familiares, históricas, de clase, de sexo: todo está perdido desde siempre, no importa cuánto estudies, cuánto sepas, cuánto te esfuerces. Todo está perdido y, sin embargo, tú, hala, venga, a darlo todo, como si al final te estuviera esperando el éxito (pero el éxito ¿dónde?, ¿para qué?, ¿en todo?).

Estas contradicciones mamadas que penden sobre mi cabeza me han lanzado al mundo alerta, en tensión y dispuesta siempre a la lucha, pero con la carne como única armadura. Cuando escribí el poema que encabeza este texto, sobre el tira y afloja que llevo toda la vida escenificando, probablemente ya había desarrollado un síndrome fibromiálgico que estalló en mi cuerpo hacia los cuarenta años; y con toda seguridad desde mucho antes ya padecía el síndrome de la impostora, definido como «fenómeno psicológico en el que la persona es incapaz de internalizar sus logros y sufre un miedo persistente a ser descubierta como un fraude». Gracias a los síntomas sabía que algo me pasaba, pero desconocía que tuviera un nombre —y los enfermos y los poetas apreciamos como nadie el sacramento del bautismo—. Y por supuesto ignoraba que los sufrieran sobre todo las mujeres, porque aún no existía para mí un *nosotras* (gracias, Gerda,

Adrienne, Simone, Amelia, Nuria, Silvia, Kate y tantas otras, por abrirme los ojos).

Así que ¿sobre qué quiero escribir exactamente? ¿Otro libro que añadir a todos los que ya se han escrito sobre ser mujer, escritora, enferma crónica? ¿Un libro más acerca de la dificultad y la vital trascendencia de desarrollar una voz propia, de librarse de la culpa, la sospecha y los juicios? ¿Un texto exculpatorio, celebratorio, un alegato, un testamento, una carta de amor? Todo junto o nada de eso. Estoy escribiendo y solo en la escritura se desvela su finalidad. Escribo a pesar de todo o gracias a todo. Porque de todas mis identidades, volátiles y pasajeras, obligadas o voluntarias, la de ser alguien que escribe ha sido la más perdurable. A lo que aspiro es a trazar la cronología de la herida, a fotografiar las corrientes en las que me ahogo y las orillas en las que, ocasionalmente, me permito descansar. Para que ese mapa me ayude no tanto a evitar algunos lugares o a buscar otros, sino a saber dónde y cómo llego cada vez al punto en el que estoy.

Dice Annie Ernaux: «A cada momento del tiempo, junto a lo que se considera natural hacer o decir, junto a lo que hay que pensar por prescripción de los libros, de los carteles del metro y hasta de los chistes, están todas las cosas sobre las que la sociedad guarda silencio y no sabe que lo hace, condenando al malestar solitario a quienes sienten cosas que no pueden nombrar». Y afirma Grace Paley: «De lo que trata el arte —y la justicia— es de iluminar lo que no se conoce, lo que ha sido escondido». No solo escribo: estoy intentando ser justa.

Nombraré, pues, el miedo, la tensión, las contradicciones, los fantasmas, la imposición, el malestar, el cuerpo y todas las tiritas que sirven para cubrir apenas la piel expuesta. Rastrearé quién escribió el papel que represento, ante quiénes actúo y qué diría si me saltara el guion. Despegaré las etiquetas que llevo prendidas a la piel. Porque «aquello que se puede reconocer se puede remediar o resistir», me recuerda Rebecca Solnit.

Le daré palabras a la enfermedad, la cicatriz, la salud; estos malabarismos que ejecuto, que ejecutamos cada día las mujeres imposibles. Por si el acto de nombrar trajera un atisbo de verdad. Por si la verdad sirviera de cura o, al menos, de paliativo.

1

«Eres hija de padres viejos», me decía mi padre como broma. Pero cuando escuchaba aquello, yo sentía un pinchazo a la altura del corazón. Mis padres eran mayores como abuelos. Los abuelos se morían. Los míos, antes de que yo naciera. El chiste me dejaba con lágrimas temblonas en los ojos, como las de Heidi en los dibujos.

No era solo la conciencia de que mis padres pudieran morir. Que fueran tan mayores suponía varias cosas más: tenían recuerdos muy vivos de la guerra y la posguerra. Habían pasado por todo aquello con la edad suficiente como para generarles traumas de por vida. Por las noches, de cuando en cuando, mi padre interrumpía nuestro sueño con un grito que nos helaba la sangre. ¿Soñaría con aquella noche, siendo apenas un crío, en que se cruzó con un fantasma? Volvía de recoger leña y se le echaba la noche encima cuando a la mula se le erizó la piel y se negó a seguir avanzando. Entre sombras vio venir un hombre malherido envuelto en vendas sanguinolentas. Era muy alto —o se lo pareció— y trastabillaba al andar. Un mal fusilado que huía de la muerte hacia no se sabe qué. Cuando

mi padre daba aquel chillido, yo me preguntaba si seguía encontrándose con aquel no muerto escapado de la tapia del cementerio. Y qué le daba más miedo: si pensar que estaba muerto o pensar que estaba vivo.

O quizá recordaba aquella vez que un avión ametralló el ganado que guardaba para las tropas republicanas, y una esquila se le quedó alojada para siempre en la espalda, como la punta de un lápiz roto. O cuando se llevó una paliza por no cuadrarse ante la bandera al pasar por delante de un cuartelillo de la guardia civil. También podría recordar sus viajes al cerro Garabitas para llevarle comida a su hermano Manuel, que estaba destinado allí y allí murió por las heridas causadas por un obús (el hermano mayor, responsable y estudioso, para siempre idealizado y fijado por la muerte heroica). Ahora veo el cerro desde mi trabajo, apenas una colina más en el horizonte de pinos y encinas. Cuando era pequeña la Casa de Campo era el destino preferido por mi padre para nuestros paseos de domingo; me llevaba a coger setas de chopo, cardillos, berros. A veces yo me metía a jugar dentro de los búnkeres que aún se encuentran allí. En una ocasión hasta encontré un trozo de tela de uniforme, descolorido y harapiento, y lo ondeé en el aire como un trofeo. Ignoraba por completo que aquellos paseos podían ser un homenaje y mis juegos, un sacrilegio que mi padre perdonaba.

Mi madre apenas hablaba de aquella época. Cuando en la tele aparecía Franco, o el No-Do, o imágenes de la guerra, ella corría hacia la cocina, como si una bomba acabara de estallar en el salón. No podía

soportarlo. Mis conocimientos de lo que supuso aquello para mi familia son en su mayoría memorias de segunda mano, contadas por mis hermanos en voz baja y que de una vez para otra cambiaban tanto que ya no se sabía qué era verdad y qué era mentira y qué exageración y qué censura. Sé que es cierto, porque he visto un documento recuperado por mi hermano, que tras estallar el golpe de Estado mi abuelo y dos de mis tíos cumplieron trabajos forzados. Que a mi abuelo se la tenían jurada porque no se callaba nunca, era firme en sus ideas y tenía carácter, era orgulloso y muy capaz, por ejemplo, de tirar al alcalde al pilón de la fuente, que él había levantado con sus manos, porque el Ayuntamiento no le pagaba el encargo. Después de la guerra, uno de mis tíos estuvo condenado a muerte en el penal de Cuenca y mi madre, siendo niña, le llevaba la comida. La pena fue conmutada, pero las otras penas —algunas casi secretas, que afectaron sobre todo a las mujeres de la familia— quedaron en nuestra sangre como una enfermedad genética de la que ninguno se recuperaría. Una lluvia ácida que sigue cayendo sobre nuestras células.

¿Se puede —se debe— estar orgullosa de una herencia que conlleva dignidad, pero también estigma, represión, tristeza? ¿Es el orgullo una forma de compensar todo lo demás? El silencio en medio del cual crecí era la señal de la derrota, la condena vivida a plazos en todas sus formas: el miedo, la pena, la rabia por las vidas truncadas, todo lo que pudo ser y no fue. Nuestro feo piso de Aluche parecía encallado en un tiempo pasado que nunca avanzaba, rodeado por

los hielos perpetuos de lo que no podía nombrarse. Si cada casa es algo más que lo que hay entre sus muros, si a cada una le crece un desván con la vida secreta de sus habitantes, sobre la mía flotaba una especie de conciencia intuitiva de que lo justo nunca llega, de que lo único realista, prudente y honesto es el pesimismo.

Renegar de todo ello no sería solo una traición a la historia de mi familia y a mis propias ideas; porque puede que el dolor que acarreamos aun negándolo sea condición para la empatía. Y esta, la única garantía para saber que no estamos solos. Digo orgullo, pero el orgullo no viene solo; a él se adhieren rastros de rencor, remordimiento y nostalgia. Igual que cada estación contiene trazas de la siguiente, y un día frío en agosto nos recuerda la cercanía del otoño, es difícil encontrar una emoción limpia, diáfana, incontaminada. También para una niña; sobre todo, para una niña.

Iba a tocar a un perro; desde niña he querido tocar a todos los perros. Acerqué mi mano a su hocico para que me oliera y luego le acaricié el espacio entre las orejas. Al principio el perro parecía amigable, pero después me enseñó los dientes y me ladró con fiereza. Confusa, volví a intentarlo, con idéntico resultado. Y entonces me di cuenta: su dueño le pellizcaba con fuerza en el lomo cuando yo iba a tocarle. El perro notaba el dolor, lo relacionaba conmigo y amenazaba con mordirme. Miré a aquel hombre sin comprender en qué podía molestarle que una niña y su perro se hicieran amigos durante unos segundos. Él me devolvió una mirada fría y tiró fuerte de la correa. Me quedé rígida y mareada, como si se hubiera abierto un precipicio bajo mis pies.

Dice Gloria Steinem en sus memorias que creció en un ambiente en el que «solo la bondad me parecía lo normal». Mi padre era bueno e ingenuo; mi madre era buena y desconfiada. Asociada a la ingenuidad, la bondad era una suerte de indefensión, una incapacidad; la desconfianza la convertía en una contradicción irresoluble, que no pocas veces se parecía a la

hipocresía. En cualquier caso, un entorno de personas buenas no prepara para el mundo. Unos padres que te inculcan la bondad como única alternativa posible, pero que a la vez viven derrotados, acarreando dramas propios y ajenos, te hace crecer con la intuición de que la obligada rectitud nunca tendrá premio. Más bien será una carga, antes que reconocimiento, comportará un castigo. Habrá dueños de perros que los azuzarán para que te muerdan. Habrá monstruos escondidos a la vuelta de la esquina, o en un vagón de metro, a los que no aplacarás siendo una niña virtuosa. Y menos cuando tu cuerpo te ha puesto en el punto de mira.

Hacia unos meses que había cumplido ocho años, y toda la familia se preparaba para la boda de la hija de unos amigos. Mi padre se estaba afeitando y yo me hacía pis, así que me dejó pasar al baño y me senté en el váter, a sus espaldas. Entonces vi la mancha de color rojo oscuro. Sabía lo que era por mi hermana mayor, pero no la esperaba tan pronto; me habían dicho que aquello pasaría con doce, trece años. Me puse a gritar y a llorar, y toda mi familia recibió la noticia estupefacta. Cuando fuimos a la ceremonia, la madre de la novia, que era mi madrina de bautizo, dijo esta frase que no he olvidado: «Ay, no estaba el tomate para ensalada, sino para gazpacho». Una frase que involucrara cuchillos y batidoras reflejaba muy bien los agudos pinchazos de mis ovarios. Luego, durante el convite, el camarero dejaría por despiste una jarra de sangría en la mesa de los niños. Los demás críos encontraron su sabor muy fuerte, así que me la bebi

entera. Cuando me levanté, todo me daba vueltas y andaba como un pato. Lejos de pensar que aquella era mi primera borrachera, mi madre dijo que se notaba que la compresión era más grande que yo. El vino se hizo sangre.

Unos meses después, iba con mi madre en el metro, en un vagón lleno. Mi postura sería la habitual de entonces, encorvada, encogida, con la sensación de que mi cuerpo me había traicionado y ocupaba mucho más espacio del que yo pretendía. En un momento dado noté que alguien me levantaba la falda hasta la cintura y empezaba a acariciarme las piernas y el culo. No pronuncié ni una palabra. Me paralizaron sentimientos de pánico y vergüenza: ¿qué significaba aquello, qué había hecho yo para que sucediera, qué me haría aquel tipo si lo delataba? Me obsesionó la idea de que mi madre no se enterara para evitar su regañina o para protegerla de no sabía muy bien qué. Así que aguanté callada mientras me manoseaban hasta que bajamos del vagón. Ni siquiera entonces pude decir nada, mi madre nunca se enteró. Salí de aquel vagón sucia y sola. La sonrisa con la que disimulé ante mi madre ya no era sincera; mi confianza en el mundo de los adultos se había roto. ¿Por qué mi madre no me había hablado de aquello, no me había advertido? Aunque hubiera querido preguntarle no hubiera podido, porque carecía hasta del vocabulario necesario. El abuso no permite entender qué ha pasado ni por qué; no sabes que eso les ocurre cada día a otros niños y niñas. Te quedas completamente aislada frente al mundo, a solas con tu experiencia, con tu confusión, con

tu asco. No sabes si sucede algo malo con tu cuerpo o con tu actitud, que ha provocado lo impensable.

Lo que me quedó fue un fango mudo que lo principal, una repugnancia indefinida, una aversión que a falta de objeto externo se extendía por dentro y cuyas repercusiones futuras eran imposibles de calcular. No podía formular las preguntas, pero durante años las seguiría sintiendo crecer por dentro, extendiéndose como telarañas en una ruina. ¿A quién odiar, a quién temer?, ¿a un hombre sin rostro?, ¿a todos los hombres?, ¿a mí misma por tener un cuerpo, por estar indefensa, por cargar algo oscuro y sin nombre, que, incitando al mal, podría ser el mal mismo? Lo único que sabía es que me habían despojado de algo, ya fuera la confianza, la inocencia o el control sobre mi cuerpo. Y no sabía cómo ni cuándo lo recuperaría.

Tampoco podía imaginar que aquel sería el primero de una larga lista de hombres que me tocarían, o lo intentarían, sin tener en cuenta ni mi consentimiento ni mucho menos mi deseo: en el metro, en el autobús, en parques, bares, callejones, portales, incluso en mi propia cama. Y que cada vez que lo hicieran, por dentro yo volvería a empequeñecer, viajaría en el tiempo para ser aquella niña aterrorizada. Solo un par de veces he sido capaz de hacer acopio de mi rabia, convertirla en arma y plantar cara. E incluso cuando me defendí, tuve tanto miedo que pensé que podría morir; morir, literalmente, de miedo. Despeñarme por el precipicio de mi propio terror.

Papá, mamá: ¿qué me decíais de la bondad? ¿Hay que ser buena en todo momento y con todo el mundo?

¿No sería útil aprender a poner límites, a enfadarme, a defenderme, a señalar?

Papá, mamá, ¿nosotros somos buenos o débiles?

Y, sin embargo, en la inocencia y la fe hay recaídas; el camino de la decepción es largo y tiene muchos giros y paradas. Poco después de aquel encuentro, me olvidé del demonio del metro y volví a creer que la bondad podía tener recompensa y que todo, todo era posible. Que el mundo podía ser colorido, sencillo y alegre como un dibujo pintado en vacaciones. Como en aquel día, un día de estreno, aunque bajo nuestros pies no se extendiera una alfombra roja. Lo que pisábamos de camino al colegio electoral era la tierra de las calles de Aluche, todavía sin cubrir por el asfalto. Mis padres me habían explicado cómo funcionaba todo el proceso —los partidos, los candidatos, el día de la votación, el parlamento— y yo había visto, atenta pero sin sacar nada claro de ninguno, a los políticos tiesos como marionetas soltar sus parrafadas en la televisión. A pesar de lo mucho que me irritaba que interrumpieran mis programas favoritos, había llegado a comprender la importancia de todo aquello, e incluso me sentía expectante. Lo que no entendía era la contención que demostraban mis padres, que no es que estuvieran tristes, pero tampoco parecían

contentos. Incluso el día de las elecciones en casa reinaba una especie de solemnidad distante: como si fuéramos a asistir a la boda de un familiar al que no se aprecia mucho, o al entierro de un muerto que no duele demasiado. No sabía entonces que la alegría llega a tiempo, o ya no llega nunca.

Yo iba enfurruñada porque hasta aquel mismo día se les había olvidado explicarme el pequeño detalle de que para votar había que ser mayor de edad. Amenacé con un berrinche, pero mamá, por muy enternecida que se sintiera, no iba a permitir de buena gana y menos en aquel momento una demostración de sentimientos en público. Así que me agarró de la mano y tiró de mí a través del pasillo. No podía imaginar cómo mis padres, que siempre estaban al corriente de todas las posibles decepciones por adelantado, abortando cualquier conato de ilusión, me habían dejado llegar hasta allí sin ponerme delante la dura realidad de que España no contaba con los ciudadanos de nueve años para dar su gran paso.

Y de repente siento a papá que viene por detrás, me coge del brazo y me suelta de mamá. Coge una de las papeletas y agachándose me la muestra, mientras reclama silencio con un dedo en los labios. Como si estuviera mala del estómago y me diera un caramelo prohibido. Leo un nombre que me resulta familiar, pero estoy todavía demasiado ofuscada para ver con claridad. Miro a papá y me encojo levemente de hombros. ¿Por qué mi hermano aparece con el número 1 al lado de su nombre y debajo de unas siglas que no puedo descifrar? Le arranco a mi padre la papeleta de

las manos y corro hacia mi madre, a sabiendas de que, de toda la familia, es la persona menos capacitada para mentir. Se la pongo delante de los ojos y veo en ellos una mezcla de sentimientos que los cruzan a ráfagas: algo de orgullo disuelto en una gelatina de temor. Solo es necesario que mueva ligeramente la cabeza y mire hacia mi padre con reproche para que yo entienda que es verdad: mi hermano se está presentando a las primeras elecciones de la democracia.

De camino a casa, vamos los tres en silencio. Ya se me ha olvidado que las niñas de nueve años no tienen potestad para elegir en qué clase de lugar quieren vivir. Lo que ha pasado es mucho más emocionante que meter un sobre en una urna. Voy haciendo elucubraciones, del pasado al futuro, encajando piezas. Por eso, porque mi hermano se dedica a la política, pasa largas temporadas fuera de casa; por eso parece alguien con mucho en qué pensar; por eso acarrea carpetas y papeles que mis padres esconden —posibles secretos de Estado—; por eso sus llamadas son recibidas con un respingo, porque seguro que siempre tiene algo muy importante que contar; por eso llama gente extraña preguntando por él, y mi madre no suele decirle a nadie su paradero para que no le molesten. Nunca volvería a ser tan buena novelista como cuando me conté aquella historia en la que hice encajar todas las piezas, sin saber que en realidad ninguna cuadraba.

Por la noche, divagando en la cama, de sopetón vi la luz: «¡Va a ganar! ¡Mi hermano va a ganar!». Era obvio, tenía que ser obvio para todos. No sabía lo que había contado mi hermano en su espacio electoral,

pero al verle todos tenían que haberse dado cuenta del gran tipo que era. La primera persona que me había llevado al cine, la que, cuando cayó una nevada, convenció a mi madre para que me saltara el colegio, me calzó mi gorro de lana y mis botas de agua y me llevó a conocer la nieve y no me culpó ni yo le culpé de la pulmonía que cogí; que siempre me traía algo a la vuelta de sus viajes, ya fuera un sacapuntas o un libro para niños mayores que yo; quien más hacía reír a mamá, y eso era hacernos reír a todos; capaz de pelear con alguien que estuviera pegando a su perro; que siempre contestaba a todo lo que le preguntaba, aunque le llevara un rato encontrar la respuesta adecuada; que me ponía música aunque fueran canciones tristes; que era alto, y guapo, aunque llevara aquella barba que picaba tanto cuanto te abrazaba y que le tapaba media cara, ocultándole los rasgos.

No podía haber candidato mejor, razonaba yo. No podía haber un gobernante mejor. En este país no habría colegio cuando nevara; todos los niños tendrían juguetes y hasta en los telediaros harían bromas; nadie trataría mal a los animales, las cárceles se vaciarían y los centros de formación profesional se llenarían de cartulinas y mapas y pósteres de colores; las cosas se hablarían cara a cara a la hora de la comida, ya fueran asuntos de muertos o de vivos; y después de hablar de todo y de escuchar una vez más las canciones tristes, todo se olvidaría, se dejaría atrás todo aquello que había hecho de mis padres unas personas preocupadas.

Por la mañana, al despertar, me quedé un rato más en la cama saboreando el futuro que nos

esperaba. Luego me levanté y fui a la cocina, donde estaba sentada mi madre separando las lentejas buenas de las malas. Me senté junto a ella sin decirle una palabra. Pobrecita, a ella que no le gustaban nada los problemas, y ahora tendríamos que mudarnos y vivir una nueva vida y ver nuestras fotos en los periódicos. Aunque todo fuera para bien, sabía que iba a costarle acostumbrarse. Decidí dejarla tranquila un ratito más hasta que hubiéramos acabado con las lentejas, y luego ya le pregunté, tan segura de la respuesta que solo me parecía un trámite, si ya habían anunciado en la radio que mi hermano había ganado las primeras elecciones de la democracia.

Mamá se rio y luego se quedó mirando las lentejas, como si en ellas viera mi futuro. Por supuesto que habría muchas más cosas en él, pero ahora estoy segura de que ella se fijó sobre todo en cuántas veces el globo de mis ilusiones encontraría el pincho que estaba esperándolo. Y le asustó sobre todo mi capacidad para soplar y soplar, porque, cuanto más grande llegara a ser, mayor sería la explosión. Pero, mamá, le diría ahora: es ese don de mis pulmones el que me ha tumbado tantas veces; también, el que ha hecho que volviera a levantarme.

Era una adolescente cuando tuve este sueño: estoy leyendo en una habitación, apoyada sobre una mesa camilla, junto a una altísima pila de libros. La puerta se abre y entra un hombre imponente, vestido de oscuro. Me dice que se me ha acabado el tiempo. Entiendo que es la Muerte. Miro el montón de libros que me resta por leer y le ruego que me deje seguir, unos años, unos días, unas horas. Me queda tanto por aprender. Quizá en alguno de estos libros está la solución a mis problemas, las respuestas a mis dudas, las instrucciones que necesito para guiarme por la vida, que me digan qué he de sentir, pensar, decidir en cada momento. Por favor, por favor, por favor. Él sacude la cabeza, insensible a mi regateo. Le digo que al menos me deje acabar el que tengo entre las manos. Y él levanta la voz, que no, que ya basta, que le siga. Cierro el libro y me levanto sintiendo las lágrimas acumularse. Me despierto cuando atravieso la puerta; él me taponaba la vista, no sé qué hay detrás.

Sueño mucho, pero suelo olvidar pronto los detalles. Sin embargo, la impresión vívida que me dejó aquella noche no se me ha borrado. Esa sensación

de finitud, de estar abocada a no saber, y el no llegar nunca, no completar lo pendiente, que el tiempo y yo seamos insuficientes. «Eres infeliz porque crees que existe una cosa que se llama ser feliz», dice Lorrre Moore en uno de sus cuentos. Yo soy imperfecta porque creo que existe una cosa que se llama ser perfecta. Yo quería poder enseñarle a mi madre mi vida como si fuera una impoluta cartilla de notas. Todas las tareas hechas, todos los retos superados, todas las materias aprendidas, todos los libros leídos. Sobresaliente, sobresaliente, sobresaliente. Hay sueños tan reveladores que parecen la faja que rodea la novela de tu vida.

Quizás comenzó entonces mi asunto con la ficción. El problema es que no la distingo de la realidad; no sé dónde empieza una y acaba la otra. O mejor dicho, sí las distingo, pero sus efectos sobre mí son similares (no sé si le debo esto a mi madre, perdidamente enamorada de la nobleza y la apostura que encarnaba Gary Cooper, como si él pudiera resarcirla de las injusticias de su vida; o a mi padre, que repetía como en trance la palabra «formidable» durante las películas de aventuras con las que siempre soñó). La impresión que me dejan los sueños me marca el ánimo para el resto del día; y cuando sueño con muertos, lo soñado es como una escena de película que apareciera después de los créditos y que suma o cambia el sentido de lo anterior.

Ya desde pequeña me enamoraba hasta las trancas de personajes de ficción. Los primeros fueron esos cantantes de los que nos hacíamos fans en la adolescencia, chicos guapitos en los que empezaba a volcar

todas mis idealizaciones. Eran personajes de los que no sabíamos nada pero que creíamos conocer a través de las letras de sus canciones escritas por otros, de su corte de pelo estudiadamente revuelto, de entrevistas llenas de lugares comunes, y a los que colgábamos todos los atributos de los príncipes azules. Un poco mayor conocí a Charles Ryder, el protagonista de *Retorno a Brideshead*, y me enamoré locamente de él, tanto en la novela como en su encarnación por Jeremy Irons en la serie. Aquella decadencia que lo rodeaba, aquella elegancia que emanaba..., en el fondo tan del gusto melancólico de una adolescente. El último que amé así, no hace tanto, fue el príncipe Bolkonsky, de *Guerra y paz*, que quizá no sea tan distinto de aquel primero. Ay, los hombres apuestos, trágicos, sensibles y tristes. Qué mala vida nos darían en la realidad.

Todas estas ficciones que se apoderan de mí —que me hacen reír, llorar, sufrir, que me asaltan con la misma intensidad y sentido que lo vivido— me conforman. Soy yo porque soy hija de mis padres pero también porque conocí a *Demian* con catorce años y supe que los raros existíamos, porque leí a Oscar Wilde como si me hablara en una habitación iluminada por su ingenio, porque escuché a Morrissey cantar a la timidez de mi ser más profundo. Aún ahora, aunque sé que el príncipe Bolkonsky es un personaje salido de la mente de Tolstoi, una parte de mí mira desde la lejanía con una sonrisa incrédula y rebelde, convencida de que Bolkonsky tiene vida, entidad, en definitiva, es tan real como tú y como yo, incluso más que alguno de los hombres que he conocido. Y se deja

amar mejor que muchos. A Bolkonsky y a mí no nos separa la realidad, sino el hecho de haber nacido en siglos distintos. Bueno, y que él era príncipe. Si hubiéramos estado en la misma historia, probablemente yo formaría parte del servicio.

Visto en retrospectiva, ¿qué podía darnos la ficción a las chicas soñadoras salvo hombres para enamorarnos? Me recuerdo buscando personajes con los que identificarme y encontrando apenas un puñado (Pippi Calzaslargas, Jo de *Mujercitas*, Jorge de *Los Cinco...*, pocas más), porque todas las mujeres en las películas y las novelas no iban más allá de ser las víctimas, las novias, las secretarias, las hermanas, las rescatadas, siempre definidas por su relación con los hombres. Comenzaba la película y sabías que ibas a ser la amante esposa o madre, el reposo del héroe; el torpe y estúpido pibón que moriría a las primeras de cambio; la rubia caprichosa que haría perder la cabeza al pobre hombre mangoneado; la chillona y pasiva secuestrada, que ve como le parten la cabeza a su rescatador sin que ella haga otra cosa que gritar en una esquina. Brujas o santas; ángeles o putas. Dice Rebecca Solnit: «Si leemos suficientes libros en los que la gente como nosotros es de usar y tirar, o sucia, o está callada, ausente o no vale nada, sin duda tendrá un impacto sobre nosotros. Porque el arte da forma al mundo, porque es importante, porque nos moldea. O nos rompe. El arte siempre es ideológico, construye el mundo en el que vivimos. Hemos fracasado a la hora de reconocer a las mujeres como personas, y tal vez esto tenga su origen en los libros y películas a los que hemos estado

expuestos (y a los que no)». ¿Cuánto de lo que soy, de lo que somos (o no), se debe a la escasez cuando no ausencia de mujeres fuertes, independientes, complejas, rebeldes, reales en las historias? Y si una quería ser la mente que las creara, ¿cuántas novelistas, directoras de cine, pintoras, cantantes conocí en mi infancia y en mi adolescencia? La falta de un lenguaje para hablar de nosotras no es trivial; Cristina Rivera Garza recuerda que esta ausencia «nos maniató, nos sofocó, nos estranguló, nos disparó, nos desuella, nos cercena, nos condena», figuradamente, pero también, por tanto, en el mundo real. Aún se desconocen los daños que sobre la autoestima provoca crecer en un mundo donde todo nos dice que somos ciudadanas de segunda, un mundo moldeado por hombres y para hombres, en el cine, la música, la literatura y también en la política, el deporte, en casa y en la calle (aunque son más conocidos los daños que provoca el hecho de que los hombres se crean con derechos y poder sobre nosotras). En cualquier caso, a falta de referentes creadoras, no me quedó más remedio que aspirar a ser musa; a falta de personajes femeninos, me enamoré de los héroes y galanes, me imaginé con ellos sobre un caballo o surcando los mares (siempre un pasito por detrás, a expensas de su cariño y su atención). Porque había una frase en el guion que a pesar de no pronunciarse se escuchaba claramente: nunca serás la protagonista, tú eres la chica que apoya, acompaña, sufre, vive la vida del otro. Tu propia vida, lo que te pasa, no importa por sí misma; no te molestes en buscarlo fuera o en intentar contarlo, porque no llegará a ser una historia

que le interese a alguien. Para ti queda reservado otro papel: vas a ser la mujer de o sencillamente la muerta. Ya lo hemos elegido para ti. Ya te convencerás, es más fácil aceptarlo que escribir tu propia historia. Si te sales de él, te lo advertimos, los finales no serán felices. Resígnate a lo que hay y quizás sufras menos.

Así que ¿a dónde mirar?, ¿dónde encontrar un reflejo de tus vivencias, inquietudes, deseos? ¿Y qué hacer con todas esas mujeres cuyos ejemplos no quieres emular? ¿Las vas a dejar solas a todas ellas para quedarte sola tú?

Crecer, para una mujer, es traicionar.

Mamá, ¿qué le echo a las lentejas?, preguntábamos mi hermana o yo. Pero, hija, ¿no ves que ellas solas te lo piden...? Pero a mi hermana y a mí las lentejas nunca nos han hablado; a mi madre, sí. Para mi madre cada cosa traía su libro de instrucciones. Para ella sólo existía lo óptimo, y lo bueno era otra forma de decir malo. O peor: regular.

Para empezar a hablar de mi madre, hay que empezar por mi abuelo. Mi abuelo se llamaba Perfecto. Si uno se llama Perfecto, tiene ante sí dos posibilidades: una, se dedica a llevarle la contraria al nombre a conciencia; dos, se impone la perfección como un designio divino y se dedica a ejercerla y a exigirla. Mi abuelo optó por la segunda opción. Nunca le conocí, pero en la familia su sentido del deber y de la justicia son míticos. Mi abuelo era una especie de Pantocrátor rojo y ateo. Quizá fue para escapar de él por lo que mi madre se casó con papá, un hombre ausente, ensoñador, sentimental, que encarnaba la máxima «vive y deja vivir»; pero mamá acabó descubriendo que su padre seguía mirándola desde dentro.

En el sistema solar de mi madre, junto con la honestidad y la prudencia, reinaba la utilidad. Sospechaba profundamente de todo lo que fuera simplemente divertido. La existencia de algo como el Parque de Atracciones era para ella casi una afrenta. Un sitio caro y al que sólo se va a pasar un buen rato, ¿dónde se ha visto! El esfuerzo y el trabajo estaban ante todo; no cabían excusas. Quizás, me digo ahora, una persona que en su más temprana infancia ha tenido que ir por una mula y de su carga, con su vida y la del animal dependiendo de su atención y su habilidad, aprende que la falta total de distracciones es algo vital y que un error no sólo resulta imperdonable, sino además muy peligroso. Todo lo hacía con exigencia, rigor y seriedad; no admitía el fallo y por eso era tan mala profesora (años después descubrí uno de sus trucos: casi nunca hacía nada que fuera a salirle mal). Yo tampoco puse de mi parte para aprender: no presté atención a los platos que cocinaba (y cómo los extraña ahora), como tampoco aprendí nada de mi padre, un manitas capaz de hacer cualquier trabajo necesario en una casa; si les hubiera escuchado en nuestros paseos por el campo, ahora sabría mucho más de plantas, árboles, pájaros y no tendría que recurrir a aplicaciones del móvil, más frías e inexactas. Rebelándome a sus enseñanzas, desdené gran parte de lo que podían darme. Heredé lo que me transmitían sin palabras, no tanto lo amado como lo temido; en cualquier caso, lo menos gozoso.

Y sin embargo... Los escasos momentos en los que mi madre se permitía divertirse eran una fiesta.

En las bodas de sus hijos y de sus sobrinos, por ejemplo, con toda la familia reunida y unas copas de vino por medio, mi madre resplandecía, sus ojos brillaban, se le ponían unos coloretos de sana y satisfecha campesina, bailaba y hacía chistes con la misma naturalidad que si presentara un programa de tele dominical. En el mal humor era también inteligente, ocurrente y aguda, pero en las ocasiones festivas tenía además un encanto que la convertía en el centro. En las fotos de viejas bodas, mi madre parece en todas la feliz madrina. Era un espectáculo verla salir a través de las cortinas de su hermetismo diario. Cuando nos íbamos de vacaciones a algún hotelucho junto a la playa también nos era dado el espejismo de verla contenta y pícara. Yo iba a tomar una foto y en ese momento mamá se bajaba el bañador de golpe y enseñaba sus preciosas y bien colocadas tetas. «¡Pero mamá!», y la foto salía movida por las risas. Y entonces sabía que había otra mujer escondida bajo la gruesa piel de la normalidad, pero a la que veíamos, con suerte, de año en año, en agosto. Como el mar.

Una madre callada y triste es algo difícil de comprender para una niña. Frente a ella una se siente, si no responsable, impotente. Ahora que sé más, aunque no alcance a dibujarla entera, puedo entender que para una mujer condenada a priori a vivir entre cuatro paredes no hay que descartar un sentimiento profundo, arrebatador, aniquilante, de pura y simple frustración. Ella fue una de tantas mujeres sensibles e inteligentes a las que les fue hurtada cualquier posibilidad de aprender y realizarse. Apenas fue a la escuela,

pero jamás, jamás me negó dinero para un libro. Los libros eran una especie de fetiche para ella: algo a lo que no tenía acceso, pero que respetaba en todo su valor; incluso más del que cada uno, individualmente, pudiera tener. «Hay libros malos, mamá», decía yo; y ella me miraba incrédula y hasta escandalizada.

En el día a día, entre los que la rodeábamos, el amor hacia ella se mezclaba con algo muy parecido al temor (por eso yo utilizaba a mi hermana, más cariñosa y diplomática, como intermediaria entre las dos). No es que fuera especialmente severa, no es que temiéramos sus castigos..., porque de hecho a veces era capaz de una extrema empatía, ternura y compasión. Ocurría que mi madre era demasiado lista. Le bastaban muy pocos detalles para hacerse la composición de lo que realmente nos pasaba, lo cual, a nuestros ojos, la convertía en bruja. Para una mujer sin estudios, sin trabajo fuera de casa, sin hobbies, lanzada a un mundo que la supera, viviendo en una capital tan alejada en todos los sentidos del pueblo de su infancia, el desarrollo de la intuición era su mayor empeño, su única propiedad, su vocación y su empresa. Si a esto le añadimos que en casa había ciertos temas sobre los que imperaba el pudor y el silencio, el don de la adivinación era lo que le quedaba para tratar, al menos, de tenerlo todo amarrado, de conocer a sus hijos, de saber en qué andaban metidos, si estaban ennoviados, deprimidos o borrachos.

Cuando tenía veinte años me quedé embarazada y decidí abortar; no se lo dije a nadie salvo a un par de amigos (me moría de la vergüenza, lo viví como una

experiencia desagradable y violenta, por mucho que racional y hasta políticamente lo justificara; de hecho, aunque siempre defendería la posibilidad de recurrir a ello, me prometí que nunca volvería a hacerlo. Quizá fue solo una manera de sentirme mejor: a saber lo que hubiera hecho de haberme visto de nuevo en la tesitura). Tenía ya la fecha en la clínica cuando un día fui a comer a casa. Debía de estar de dos meses. Llamaron al teléfono y me levanté a contestar; no sé quién estaba al otro lado ni de qué estábamos hablando, pero recuerdo perfectamente las palabras que mi madre, mirándome el perfil desde el sofá, le dirigió a mi hermana: «Esta ha engordado. Si hasta se le está poniendo tipo de embarazada». Tuve que hacer esfuerzos para no desmayarme allí mismo, en el impoluto salón de la casa de mis padres. No era solo el miedo a que me descubriera; era, además, tomar conciencia de lo ilimitado de su don, del alcance de su visión y del poder que ello le otorgaba. Así fue, hasta sus últimos momentos. Cuando apenas le quedaban unas horas de vida, mientras le arreglaban la cama, me cogió del brazo y me dijo estas palabras: «De una casa sin alegría hay que salir corriendo». Yo le había ocultado que estaba separándome del padre de mi hija. Me puse a temblar de pies a cabeza. Después me asaltó la duda de si hablaba de su vida, de la mía o de la de cualquiera.

Qué bien nos hubiera hecho hablar más. Porque la intuición es fulgor, relámpago, cuchillada; y no sé si los matices sobreviven a su incisión. Aunque quizá piense esto por mi sobrada confianza en las palabras,

que no siempre sirven para alcanzar la verdad. Cuántas veces han sido pretendidos atajos que acababan interponiéndome en una espesura que se interponía entre mi interlocutor y yo, o entre mis verdaderos deseos y yo. Cuántas madrugadas han acabado por naufragar en una marea revuelta de palabras; tanto las he amado como han sido mi perdición. Quizá haya en la querencia de mis padres por el silencio y mi inquebrantable fe en el lenguaje algo que va más allá de nosotros; quizá se trate de un asunto generacional, fruto de la historia que nos tocó a cada uno. El silencio de mis padres no fue algo elegido, sino hijo de las circunstancias: un silencio histórico, político, militar, una estrategia de supervivencia que se convirtió en su segunda piel. Mi amor por las palabras —mi palabrería, en tantas ocasiones, desplegada en pensamientos circulares y obsesivos— sería entonces una reacción, una rebeldía. Un vicio al que sólo con el tiempo he ido renunciando, puede que gracias a la poesía que me ha hecho calcular el peso de cada palabra, o a interminables discusiones de pareja que no sirvieron para clarificar ni para acercar. La cuestión es que a pesar de estar tantas horas juntas era difícil vernos fuera de la cárcel de lo cotidiano. Como dice Rachel Cusk de su madre: «Me parecía vivir envuelta en su aburrimiento, su placer o su irritación. Vivía dentro de su personaje, perdida. ¿Cómo podía saber quién era mi madre? ¿Cómo podía verla? Su atención era como la mirada de un ojo interior que nunca se fijaba en mí directamente».

Todo lo veía, también a nosotros, su familia, a través de la preocupación. Era el velo que se interponía

entre ella y el mundo, porque mamá se preocupaba por todo, constantemente. Si llegábamos tarde o si la puerta se abría antes de tiempo; si no llamábamos o si el teléfono sonaba con su sonido apremiante, siempre sospechoso de ser portador de malas noticias. Hasta las alegrías venían acompañadas por un coro trágico que decía no te confíes, no te relajes, estate preparada para la otra cara de la moneda. Nada es gratis. En mi casa se temía el dolor, pero la alegría se consideraba una tentación para las desgracias. La pena asumida, de alguna manera, nos protegía de algo aún peor. Su preocupación no admitía fisuras, era un traje hecho a medida, una armazón impenetrable. Para mi madre, el auténtico nombre del mundo era Peligro. Cuando a los veinte años me independicé, creo que sobre todo quise huir de su preocupación, que no solo me agobiaba, sino que —cuando volvía de marcha y ella me esperaba sentada en el salón, no para regañarme, sino para comprobar que estaba allí de vuelta a casa y que seguía viva— me hacía sentir que cargaba con el peso de varias vidas sobre la mía que apenas comenzaba a despegar.

Ella tenía apego sobre todo a dos palabras: *Ten cuidado*. Las pronunciaba siempre que mi hermana o yo salíamos por la puerta de casa. Eran el talismán con el que pretendía protegernos, y con el tiempo comprendí por qué lo hacía, cuál era la base real de sus miedos, y hasta entendí que no era ella sola quien hablaba, sino que toda la sociedad lo hacía por su boca: eres mujer, luego *ten cuidado*. Si te pasa algo es culpa tuya, no debes abandonar nunca tu estado de alerta

o lo que te ocurra será tu exclusiva responsabilidad. Yo lo sentía como una cadena de hierro que me colgaba al cuello cada vez que desaparecía de su vista. Daba igual si iba a trabajar, si salía de marcha, si tenía un examen: *Ten cuidado*. Su eco me perseguía mientras me metía en el ascensor; me parecía que aquellas palabras me maldecían, que atraerían sobre mí todos los peligros o, aún peor, los fracasos. Eran las palabras que me impedirían ligar aquella noche, que se cruzarían en mi borrachera hasta hacerla culpable y espesa, que me helarían las carcajadas y las harían sonar fingidas. ¿De qué quería mi madre que me cuidara? ¿De la confianza en los desconocidos, de los hombres en los bares, de mi ansia por sentir que estaba viva? ¿Cómo sabía ella que lo que me lanzaba a la calle era la propia tentación de correr riesgos, de no ser una niña buena, de *no tener cuidado*? Sus palabras me imponían un reto. No dejaba de oírlas, mientras escuchaba también su cara B: *descuidate*. Los peligros me tiraban de un brazo, mientras mamá me tiraba del otro. El resultado era la culpa por lo que hacía y por lo que dejaba de hacer. No sé si mamá conocía todo lo que me acechaba fuera y yo a veces iba buscando, si confiaba en la culpa para que fuera mi faro y mi guía, o si simplemente se convertía en el brazo ejecutor de mandatos de género de los que también era víctima (quizá también, como todos los que se sienten culpables, aspiraba a aminorar su carga contagiando el virus, esparciéndolo por el mundo). O si sencillamente tenía miedo a mi dolor cuando llegaran las consecuencias de mis descuidos y al silencio con que los afrontaríamos juntas. Miedo,

también, a sus propias contradicciones, para las que no tenía palabras: porque ella valoraba el orgullo y la independencia en una mujer, y sin embargo no podía ignorar que dependía por completo de un hombre, para comer y tener un techo, para moverse, para estar en el mundo, y de alguna forma eso debía de parecerle humillante. Quizá su *ten cuidado* también significaba «que no te pase como a mí». En el fondo, como dice Deborah Levy, «necesitamos que nuestra madre se angustie por nosotros: al fin y al cabo, nuestra vida cotidiana está repleta de ansiedad». Como hija, utilicé la rebeldía como un motor para crecer y actuar, aunque ahora dudo de que sirva para operar cambios honestos. Puede que nos empuje a ser lo contrario de lo que se espera. Pero una no siempre es lo contrario. La mayor parte de las veces se queda en un lugar intermedio, un suelo resbaladizo en el que los adjetivos patinan. Aprender esto significa también comprender que mi madre no era quien parecía. Era mucho más. Mamá, por obvio que resulte hay que repetirlo, mamá era una mujer. Si su idea sobre lo que era bueno o malo me aprisionaba, mis ideas sobre ella no tenían un efecto muy distinto. Con la palabra *madre* se aspira muchas veces a fijar lo que no es unívoco ni inmutable.

Por eso me pregunto si yo realmente conocía a mi madre; si mi madre llegó a conocerme a mí. Para conocer a alguien bastan sus hechos; pero ¿qué había en la rutina de mi madre, en sus días iguales a otros, en sus largos ensimismamientos que pudiera llamarse *hecho*? Hay silencios elocuentes, dice el tópico, pero ¿qué decía el silencio de mi madre? Cuando había quedado

en ir a casa de mis padres y me surgía alguna otra cosa, llamaba para disculparme; entonces sus palabras siempre eran las mismas: *No importa, hija, sabiendo que estás bien...* (apreciaba la libertad que me entregaba con esa frase, pero hubiera preferido que dijera ¡vaya, qué pena, tenía tantas ganas de verte!). Aún no sé muy bien qué había tras esos puntos suspensivos. ¿Eso es todo lo que necesito, no veros ni disfrutaros, sino saber que estáis bien? ¿En el fondo estoy más tranquila sola? ¿Le recordábamos quizá que había todo un mundo afuera, un mundo en el que nos pasaban cosas, y eso le producía envidia, agobio, pánico? ¿Y qué le daba más pavor: lo conocido o lo desconocido?

No fui justa con mamá. Le otorgué tanto poder a su juicio que para ser yo no encontraba más remedio que rebelarme, gritarle, llevarle la contraria, ansiosa por librarme de su yugo. Nunca dejé de ejercer de hija pequeña; no fue hasta que murió y la lavé y la vestí cuando solo sentí amor y dejé de temerla. *Esta chica, decía, siempre tan arisca y tan rebelde...* Lo decía temerosa por mi inconformismo, por la lucha que debía yo de traslucir entre pasión y obligación, y que tantas veces me dejaría a punto de romperme. Quizás también con envidia, porque alguien con su sensibilidad —lloraba viendo un Velázquez o un perro atropellado en la cuneta— merecía tener conversaciones más frecuentes con el mundo que con sus lentes. Quiero pensar ahora, y lo pienso, que había en su voz algo de orgullo, y quién sabe si lástima, por el camino que aún tendría yo que recorrer hasta dejar de valorar los hechos, para amar, como ella hacía, los pequeños

acontecimientos..., esos hechos que ocurren en el alma. Mamá acudía todas las tardes a la ventana de la cocina para ver atardecer; encontraba la paz con los cachorros y con los bebés; se quedaba ensimismada acariciando sus begonias y sus hortensias. Todo eso le pasaba cada día, y lo apreciaba, y hasta ahí la había llevado un largo camino que el silencio y el aislamiento no hicieron vano ni superficial; pero sí, quizá, con una excesiva carga de tristeza y soledad.

Cuando el alzheimer empezó a causar sus primeros estragos, mi padre le ponía ejercicios para trabajar la memoria. Por la mañana le decía tres palabras y a lo largo del día se las preguntaba, y mi madre recitaba, por ejemplo: *Montaña, bicicleta, frigorífico*. Así, a cada rato. Estábamos convencidos de que tan mal no estaba porque siempre recordaba la retahíla. Hasta que un día, buscando algo en el bolsillo de su bata, lo encontramos lleno de papelitos: *Montaña, bicicleta, frigorífico. Elefante, almohada, puente. Lunar, autobús, trompeta*. Entre los papelitos también había media croqueta, porque nunca tenía hambre, y mi padre también le obligaba a acabarse lo que había en el plato. Y supimos que de memoria andaba mal, pero la enfermedad le había dejado intacta la astucia de niña pequeña que tuvo siempre.

No puedo dejar de pensar qué derecho tengo yo a hablar sobre ella, a desvelar su intimidad. Huelga decir que esta es mi versión de la historia, que la mujer que dibujo aquí es el boceto que solo puedo pintar desde fuera, desde mi parcial papel de hija. Pero no me libro de esta sensación de violencia, de forzar a una

persona a salir de su rincón elegido —para ocultarse, para protegerse, para vivir— y de exponerla a la mirada ajena. ¿Y tengo más o menos perdón por hablar sobre alguien que ha muerto? ¿Hay alguna diferencia, tendría mi madre los medios si estuviera viva para rebatirme, hacerse oír por algún medio para contar su vivencia real y desmentir o corroborar la mía? ¿Qué podría decir mamá sobre ella, si, parafraseando un texto de Elena Ferrante, las mujeres de generaciones anteriores imitaban a quienes las vigilaban y se convertían por tanto en sus propias carceleras? ¿Me leería, le importaría lo que dijera de ella, le daría vergüenza, a ella que era tan tímida...? O solo se encogería de hombros y diría yo, *hija, si te gusta esto y te pagan..., por mí di lo que quieras..., tampoco creo que lo vaya a leer tanta gente*. Así era ella; a veces no tenías más remedio que reírte de su sutil forma de ser cruel.

Mientras estuvo viva, nunca escuchamos la palabra fibromialgia; pero cuando la tocaba, cuando la abrazaba, cuando la cogía del brazo, ella siempre contestaba lo mismo: *suelta, que me haces daño*. Siempre, cada vez. Entonces pensaba que, si yo era arisca, era de allí de donde lo había sacado. Ahora que sé que los abrazos pueden doler, pienso que mi madre era un puro dolor sin nombre. Que, como para tantas mujeres, vivir sin dolerse le resultó imposible.